

Las cefeidas (I)

Las cefeidas son pequeñas variaciones que se pueden contemplar en silencio, en la medida en que se las advierta, ligeros centelleos en el cielo aquí o dilataciones gigantescas a lo lejos. Aparecen como objetos de los que uno se puede apropiar por la mirada y como los movimientos de una respiración que no se deja circunscribir. Se sustraen así como se dan, incluso cuando se dan.



Imagino un texto que se comporte igual, que se realice y se organice de tal manera que sea un objeto definido y una respiración que escapa a las consciencias deseosas de apropiársela. Cada uno de sus fragmenos funcionaría de esa forma, de tal suerte que no podría tratarse de un único movimiento sino de un conjunto de pulsaciones contrarias, en un cielo en el que cada unidad se hincha y luego se apaga. La suma de los centelleos cambiaría sin cesar, la intensidad promedio sería inestable, pero el dibujo general permanecería sensible como una forma subyacente, sin manifestarse.



Desde luego, el texto es un fenómeno detenido. No es una resina, de la que uno puede ver variar la forma a medida que se seca. No permite considerar accidentes, no hace burbujas ni reacciona bien o mal a las mezclas. La idea de una respiración del texto no se plantea en estos términos. Una lengua diáfana puede dar cuenta de aquello que se ofrece a la conciencia, aun pulsando como una cefeida. Poco a poco se deforma aunque intente seguir siendo instrumento: se carga de una parte de aquello que describe, se impregna de ello, comienza a imitarlo. También ella, en este sentido, se altera.



El movimiento de esos astros cuando se hinchan y se vacían evoca una música pobre con singularidades discretas. Momentos frágiles de pensamiento se inician en lo infratenuo, en esa distancia que casi no es tal, donde algo se juega, cuando aferrarse es también sentir que se escapa. La intensidad no es solamente lo que viene, sino que incluso es lo que se va.

A veces apenas se adivinan formas porque vienen dentro de un fondo que se les asemeja y se borran tan pronto como aparecen. Un poco como el agua tibia que uno casi no siente o, cuando uno la siente, no es posible saber si lo que se siente es ella o nuestra propia temperatura. Eso que llamamos tibio, no es nada casi. Mantener la existencia de esas formas exige la mayor precisión, objetividad, pero también requiere una parte de especulación sin la cual se desvanecen de una vez y para siempre, y se acabó.



Para hablar de escritura, es esclarecedor evocar una obra en construcción. Trabajos emprendidos en diferentes puntos no siempre confluyen, pero permiten la creación de un pensamiento por ecos.



Acaso no sean objetos lo que se trata de captar, sino una luz que se intensifica o que disminuye. En un caso, el pensamiento se derrama en una ausencia como en un hueco, tomando el lugar de aquello que se apaga. En el otro fluye y se escapa, perseguido por el aumento de potencia de lo que viene. Aquello que la escritura busca asir es un poco de los dos a la vez, tomado en ese movimiento, cefeidal.

*Este texto, primer movimiento de **Las cefeidas**, fue publicado por primera vez en francés en la **Revue de Belles-Lettres**, 2020, 1-2.*